

10/
eterno por el cual suspen
con ellos en la luz admirable

Eso es, Hermanos míos, la ^{glorificación}
nombre + del Padre, del hijo, y del

Amen.

Labot omnia vincit.

Finis coronat opus. 6. 8^{bre} 1831^{te} - *patuientur*

[-179-
u108

vic.

sta

si

lois

libre

Sermon

L-179-
N 108

Para el día de la Commemoracion
de las animas.

Sobre el Purgatorio.

*Si quis patitur unum membrum, compatiuntur
omnia membra, sive gloriatur unum membrum,
congaudent omnia membra.*

Si uno de los miembros del cuerpo está
en la pena, todos los otros padecen con él, y si
uno de los miembros está en la gloria, todos los otros
toman parte a su alegría. 1. Cor. 12.

Tal es, hermanos míos, el principio
de la Caridad que dirige la Iglesia en la doble
solemnidad q^e celebramos. (¡acabamos de celebrar!)
universal a cerca de los tiempos como a cerca de los
lugares, ella comprende en su unidad una multitud
innumerable de Christianos q^e han desaparecido de sobre
la tierra. La muerte, arrancándolos de este mundo,

no los ha arrancado de su seno: y sea que reunidos
a su divino jefe, ya están gozando de la gloria que
por su gracia han merecido; sea que privados por
algun tiempo de la felicidad que les está asegurada,
acaban de purificarse en los tormentos, son igualmente
sus hijos.

Las delicias en las quales están sumergi-
dos, o los tormentos que padecen son igualmente sensibles
a su corazón maternal. Oyete, transportada de alegría
y de agradecimiento, daba gracias a su divino esposo
por los de sus miembros que ya ^{participan de} colocó en su gloria:
reclamaba por sus hijos que están todavía combatiendo,
la protección de sus hermanos que lograron la corona.

Hoy, en luto y en lágrimas, echa una mirada
de compasión sobre una otra parte de si misma
que no le es menos sensible cara: (o afecta): ella
se enternece sobre los dolores de esas almas justas
que satisfacen en las llamas del purgatorio a la
justicia de Dios: ella se esfuerza de desarmar la
mano del juez severo que las castiga: Se ofrece por
ellas la víctima santa a la cual nuestra salvación
está ligada: ella nos conjura de reunir todos
nuestros votos, por hacer en su favor una dulce
violencia a nuestro Padre común. Que digna es.

Hermanos míos, esta caridad, de la santa esposa
de Jesu Christo! Que le distingue gloriosamente de

esas sociedades nuevas q^e se atrehan usurpar sus
títulos y sus derechos!

No tener esos tiernos sentimientos de la
Iglesia, sería renunciar al espíritu q^e la anima,
sería excluirse si mismo del numero de sus verda-
deros hijos. Un miembro, mientras vive, participa
a la alegría ó al dolor de los otros miembros á los
cuales está unido, y la insensibilidad es ya aquí la prueba
cierta de la muerte, si quid patitur unum membrum &c.

Mas, Hermanos míos, no somos nosotros mismos
en ese día el objeto de las solitudes de la Iglesia? Si
no hay duda: como celebrando el triunfo de los santos,
quiso excitar nos á desear y merecer las recompensas que han
obtenido; tambien exponiendo nos a la vista los padecimientos de
esas almas justas que no son todavía bastante puras para gozar
de la vista de Dios, ella quiere inspirarnos un justo terror
excitar nuestra vigilancia, y hacernos evitar las culpas
q^e tardan su felicidad.

Entramos pues aquí en las miras de esa
piadosa madre. Hacemos profesion de creer con ella
q^e hay un purgatorio; Yo quiero, hermanos míos, corroborar
nuestra fe sobre ese artículo, haceros sacar de eso unas
consecuencias útiles para vuestra salvacion. Y en dos palabras,
aquí todo el designio de este discurso. Que especies de

meditaciones de la doctrina del purgatorio nos debe inducir á hacer sobre nos mismos? lo q^o será el objeto de mi primera parte. Quales son las obligaciones q^{as} nos impone á cerca de ellos de nuestros hermanos q^{ue} se han descansado en el señor. Lo q^o será el objeto de la segunda parte. Ave Maria...

Primera parte.

La justicia de un Dios vengador es sin duda, Hermanos míos, una de las barreras las mas fuertes que la fe pueda oponer á los vicios y á los crímenes. Nada pues mas justo, nada mas razonable que de temer el q^{ue} no solo puede quando quiere, cortar el hilo de nuestros dias, mas q^{ue} puede tambien precipitar en las llamas eternas, y nuestros cuerpos y nuestras almas. Ese temor no es el motivo q^{ue} contiene en el camino de la virtud á los verdaderos Christianos: ellos no merecen ese glorioso nombre sino quando la caridad los liga á Dios y á la justicia. Mas ese temor por insuficiente q^{ue} sea por si mismo, siempre penetra utilmente á los pecadores. disminuye en ellos la concupiscencia; los induce á evitar las ocasiones del pecado, y deteniéndolos la mano, dispone el corazon á recibir las saludables impressiones de la gracia y del amor á Dios.

Mas, Hermanos mios, el Dios de las venganzas no es pues terrible sino quando castiga para siempre? No hay q^e el infierno q^e sea capaz de espantarnos; y debemos buscar supplicios terribles en si mismos por sola razon q^e su ~~manera~~ duracion no es sin fin? Asi parecen adquirir la mayor parte de los Christianos. Vienen al infierno; y en eso no mas consiste su temor. Todo lo q^e no es capaz de precipitarlos en esos abismos eternos, le parece nada. Saben q^e ademas de ese fuego q^e no se apaga, y en lo cual Dios castiga los grandes crímenes, hay otro en el cual hace capiar las culpas mas leves; Saben q^e ademas de la pena eterna q^e nos está remitida por el sacramento de la penitencia, queda otra que subir en este mundo o en el otro: y no tienen cuidado para evitar esas culpas, ni ardores para capiar por la penitencia los pecados mas graves q^e desgraciadamente han cometido. Fatal ilusion q^e me propongo combatir en esta primera parte de mi discurso. Veamos pues lo q^e es el purgatorio, y quanto se ha de temer: Aprendamos a conocerlo, y instruyemos nos para evitarlo.

1. Yo digo, Hermanos mios, q^e el purgatorio es para nosotros un justo motivo de temor. Qual es en efecto la idea que nos da de el la escritura y la tradicion.

Ellas nos lo representan como un lugar de
suplicios, en donde las almas destinadas á la
felicidad suprema, son privadas por algun
tiempo de la vista de Dios y capian en las llamas
vengadoras las culpas por las cuales no han
satisfecho del todo á su justicia. Que idea
horrorosa terrible es esta, Que horror nos ha
de inspirar para todo lo q. es capaz de hacernos caer
precipitarnos en esa desgracia! Probamos de
sondearla y veamos primeramente cual es el
estado doloroso de esas almas q. desean con la
mayor ansia ver á Dios, unirse á el, gozar del,
y con todo, una cadena funesta las detiene separa-
das de ese ser supremo.

Lo sabis, Hermanos míos, ^{el} nuestro
corazon hecho para poseer el supremo bien, no
puede ser feliz sino por el. No hay riquezas,
no hay delicias que puedan reemplazarlo.

El disgusto, y la saciedad son inseparables de los
bienes criados: ^{ellos} dejan en nuestra alma un vacío
horroroso: ellos la dejan arrastrarse de unos deseos
que solo el infinito puede saciar.

Mas ese peso ^{insoportable} q. nos arrastra hacia la felicidad,
no es aquí bajo sino un sentimiento confuso. El
prueba q. nos falta algo de esencial para nuestra
felicidad; mas no prueba q. nosotros tengamos

de el una idea clara y distinta.

Las tinieblas q^e nos rodean, abseñdiciendo nos el conocimiento de ese ser quien solo puede satisfacer nuestros deseos, debilitan nuestra vista para ver fin. Si nosotros lo conociésemos mas perfectamente, si hubiésemos una idea mas justa (^{mas} o recta) de su hermosura suprema y de las delicias de las cuales el es el origen inagotable, su privacion no produciria solo en nuestras almas el disgusto y la pesadez, sino ^{interior} un verdadero suplicio. Si, si nuestro destino es tal vez soportable; si encontramos algunas veces en las cosas de este mundo una satisfaccion pasajera, debemos eso á la ignorancia misma en la cual estamos metidos debajo del peso de ese cuerpo mortal q^e ha venido á nuestra alma, y q^e, aumentando sus desgracias, no se las ^{tem poco} diga percibir. Mas, Hermanos míos, ya no es así una vez q^e el alma se ha apartado de ^{esta} alianza q^e tiene ligada con el cuerpo: entonces, libre de por si, sin materia, ejerce sin obstaculo la facultad q^e tiene de conocer y de sentir. Entonces descubre ese objeto q^e solo es capaz de hacerla feliz, y con quanta impetuosidad no se ^{hace} tirar hacia el, quantos esfuerzos no hace para tras pasar el espacio y vencer los obstaculos q^e la separan de el! Distantes de ese centro a donde van parar todas sus aspiraciones, no es mas capaz ni de descanso ni de felicidad.

la agitacion la mas violenta, la inquietud la mas
estubel la caen en unica parte y su posicion de costumbre
se Podria á lo menos servir sus misantropos de ese
objeto q.^a deberia ser su felicidad y q.^a empezara á ser
su suplicio? No, en eso necesariamente aplicada.

Que ya no se trate mas de esas diversiones, de
esos pasatiempos q.^a encantan aquí bajo nuestros
fardos, y q.^a por illusiones encantadoras nos los
suelen hacer encontrar una apariencia de felicidad;
Toda desaparece ^{delante} a sus ojos menos ese ser supremo
al que empieza á conocer de un modo distinto, el cual mira
con ardor, y el cual no puede alcanzar.

Tales son Hermanos esos desus fuertes, los
cuales juntos con la certidumbre terrible de nunca
poder satisfacerlos, son el mayor suplicio de los
reprobados. En este tal pensamiento q.^a siempre
se le ocurre y q.^a los atormenta de un modo mas
cruel q.^a el recordimiento q.^a los consume, y las
llamas q.^a los penetran.

Nada imaginamos en una materia en donde la
verdad sola es por si misma tan asombrosa.

Las almas q.^a la justicia de Dios detiene en el
purgatorio ^{son} abandonadas a tan funesta
desesperacion: al contrario, tienen certeza de ver
un dia acabar sus penas, y de gozar de ese Dios
q.^a es el unico objeto de su amor. No son unos
esclavos q.^a suben, estremeciendo de colera, el yugo
de un amo q.^a aborrescen: sino hijos sometidos

quienes adoran la mano del padre q^e los castiga, que
reconocen la justicia del castigo q^e experimentan, y
q^e quiescen en esta misma justicia por rigurosa q^e sea
acerca de ellos. Mas, esta su resignacion, su paciencia,
disminuyendo el horror de su posicion, no disminuye
su sensibilidad. Quanto mas quiescen al ser Supremo,
tanto mas son afligidos de verse separados de el;
Quanto mas tienen certeza de poseerlo algun dia,
tanto mas la turbanga de esa felicidad le parece dolerosa.
Fuggamos de eso, Hermanos mios, por lo q^e experimenta-
mos en nosotros, cuando tenemos deseos vivos y impetuo-
sos q^e no podemos satisfacer: Fuggamos de eso por la
idea de un hombre quibado de la sed la mas ardiente,
vi^{endo} pasar lejos de el la fuente de agua viva q^e seria
capaz de apagarla: y por esos tormentos mas sensibles
q^e decibles, Fuggamos de esos q^e experimenta una
alma libertada de la materia q^e no es mas sino deseo y amor.

En eso consiste pues, sin duda, el mayor de todos los
tormentos del purgatorio. Este es el q^e ha de hacer
sobre nosotros mismos la mas fuerte impresion.
Mas, si somos demasiado carnales para concebir
de ellos todo el rigor, podriamos nos considerar sin
espanto las llamas vengadoras q^e la justicia de Dios
a incendiado en ese lugar de penas?

Dejamos á una vana philosophia arguir sobre
la naturaleza de esos fuegos; Dejamos la tomar serenas

respecto del temor de esos tremendos suplicios,
en quanto á nosotros, Hermanos míos, q.
creemos sin fin y límites al poder de Dios,
Nosotros q.
nos glorificamos preferir la
simplicidad de la fe á los frívolos raciocinios,
nos basta saber q.
siempre es bajo la repre-
sentacion de un fuego que la Escritura y la
Tradicion nos representan las penas de la
otra vida, sea las q.
no deben acabarse, sea
las q.
solo son destinadas á purificar las justas
y hacerlas mas dignas de la vista de Dios:
Nosotros no nos aborrotamos en tomar á la letra
esas amenazas terribles, y de temblar á la vista
de esos estanques de fuego y de azufre en los
cuales esas almas desgraciadas estarian hundidas.

Si, Hermanos míos, la misma
Escritura q.
nos habla de un fuego eterno
preparado para el Demonio y sus Angeles,
nos habla tambien de un fuego q.
debe
purificar las almas de los justos imperfectos.
Nadie, dice el Apóstol, no puede levantar
el edificio de su salvacion sobre otro fundamento
que sino á Jesu Christo, fundamentum aliud
nemo potest ponere prater id quod positum est,
quod est Christus Jesus.

Mas todos los Christianos no levantan
sobre ese fundamento inalterable del oro, de la
plata, de las piedras preciosas: hay algunos
q.^a mezclan a esas riquezas leña madeta, paja,
otras materias viles y indignas de entrar en la
construccion de ese templo q.^a levantamos para la gloria
del altisimo. Pues, esa mezcla no puede subsistir en la
eternidad. Es menester q.^a el fuego purgue y
purifica la obra de cada uno de los fieles, es menester
q.^a consume todas las materias, q.^a haga desaparecer
toda deformidad, toda mancha — cuius opus
quale sit ignis probabit. No obstante eso, ese obrero
negligente, ese christiano imperfecto q.^a habria asi
alterado el edificio del señor y de quien cuya obra
no podrá resistir ala accion del fuego, será a caso excluido
del todo de su misericordia? No, será salvado, porque
ha mantenido fiel al fundamento por los ligamenes
de la fe y de la caridad; mas lo será por medio
del fuego, — si cuius opus arserit detrimentum
patietur; ipse vero salvus erit, sic tamen quasi per
ignem.

Podia pues el Apostol expresar mas clara
la creencia de la Iglesia sobre el fuego en el qual
se reunen la justicia y la misericordia de Dios; en

el cual los gustos tambien capian imperfecciones
y culpas las cuales sin destruir en ellos la caridad,
los hicieron menos agradables a los ojos del señor?
Y q: se nos dice q: ese fuego no es otro sino el
de las tribulaciones q: experimentan en esta vida
a nuestra piedad; Que no se busca ^{un} sentido de
allegoria en palabras tan claras y tan precisas.

La Escritura se ha de interpretar segun q:
los Padres la explicaron. O si pues q: en fuego
del cual habla el Apostol, los Padres y los
Doctores de la Iglesia lo tomaron por este del purga-
torio.

Sobre esto, Escucha, Hermanos mios,
una reflexion de San Agustin sobre esas
palabras de un psalmo q: se encuentran muchas
veces en la boca de los fieles: Señor no me
reprensas en tu furor, y no me castiga en tu colera.
Qual es, dice este santo Doctor, el doble objeto
de esta oracion del Propheta? El pide a Dios que
no lo reprenda en su furor; Domine ne in furore
tuo arguas me; Esto es, ô mi Dios! no permite
q: yo sea del numero de esos infelices q: has de
castigar sin emendarlos, a quienes has de sufrir
por toda la eternidad penas tan instructivas ^{como} que
son horribles; a quienes dirás en el dia de tu
ira: Vayanse malditos, en el fuego eterno,
non sin inter illos quibus doctorus es: Ite in
ignem eternum. Despues lo conjura de no corregirlo

en su cólera, neque in ira tua corripas me; Esto es:
ó mi Dios! Corrige me, purifica me, castiga me en
esta vida en donde penas como ^{un} padre misericordioso:

Hagas de modo q^e yo no necesite pasar por el fuego
terrible en el cual purificais despues de la muerte
las imperfecciones de tus hijos, — et in hac vita purga
me, et talem me reddas, cui iam emendatoris igne opus
non sit. A qui está pues, prosigue San Agustin, la
misma verdad q^e nos enseña el Apostol, cuando nos
dice q^e muchos serán salvos por el fuego.

Felices los q^e no levantan sobre el fundamento
de Jesu Christo sino materias preciosas, sino virtudes
puras y solidas! Estos son al abrigo del uno y del otro
fuego; y de este q^e ha de atormentar á los impios por
toda la eternidad, y de este q^e ha de purificar á los
justos, de utroque igne securi; non solum de illo atorni
qui cruciaturus est impios, sed etiam de illo qui
emendabit eos qui per ignem salvi erant.

Este fuego q^e os propongo aqui como el objeto de
vuestrós temores, no es pues, Hermanos míos, demor
trado en la escritura: ha sido pues reconocido por los
mas antiguos y los mas sabios Doctores de la Iglesia;
no es pues, segun q^e el error y el libertinage afectan
decirlo, el fruto de la imaginacion ó de la codicia de
Doctores mas modernos; Es pues justo, es pues necesario
de temerlo, es pues una de las mayores locuras de exponer
se a tal cosa.

Y pues! Quien podria, Hermanos mios,
disminuir en nosotros el temor de ese terrible
suplicio? Seria a caso por razon q^e no ha de
ser eterno? Mas, dice s.ⁿ Agustin, las
penas de esa vida no lo son tan p^{ro}ces, y con cual
cuidado no las evitamos? Los suplicios tambien
q^e la justicia de los hombres inflige á los reos
no tienen q^e un corto tiempo; y quien es el malva-
do tan decidido para no temerlos? O hombres
ciegos! Vos despreciáis ese fuego del purgatorio,
por razon que se ha de apagar un dia, por
razon q^e despues de haber pasado algun
tiempo por el, tenéis esperanza pasar en
una eternidad de felicidad q^e os hara olvidar
todas vuestras penas, quia dicitur, saluus erit,
contemnitur ille ignis. Mais ignorez vous
donec. Mas, pues, ignoreis pues q^e ese fuego
es un tormento mas riguroso q^e todos los q^e la
industria de los hombres los mas crueles a nunca
podido inventar? — Gravior erit ille ignis
quam quidquid potest homo pati in hac vita.

Ese suplicio no es eterno, mas, sabéis, o
hombre temerario, quanto tiempo ha de durar?

La Iglesia nos permite todavia en el dia
a # rogar por hombres muertos en sus primera
edad; supone pues q^e ellos pueden ser talvez
la presa de las llamas.

1
O Christianos que tenis alguna idea de la felicidad
q^e nos está reservada en el Cielo, consentiréis á ser
privados por unos años, por unos siglos, de esa felici-
dad inefable? No basta para vosotros ser apartados
mientras esta vida de ese Dios q^e améis? Vos espon-
dréis tal vez á un destierro mas largo y mas doloroso?
O hombres de tanta delicadeza y sensuales, á quienes
la menor pena es insupportable, seréis bastante enemi-
gos de vosotros mismos, para exponerlos á unos suplicios
tan largos y tan terribles? y quien de vos otros
podrá sufrir ese fuego voraz, — quis poterit
habitare de vobis cum igne devorante? Ojala, Her-
manos míos, q^e hubiésemos siempre presentes en
vista á esos fuegos vengadores; Ojala q^e pudiésemos
representarnos de tiempo en tiempo esas almas justas
delante de Dios, destinadas á gozar un día de sus
mas afectuosos favores, y penetradas con todo por
todas partes de esas llamas terribles? Que idea
ese espectáculo no debe inspirarnos de la justicia de
Dios? Que cuidado nos ha de inspirar á tener para
evitar culpas q^e creemos leves, y las cuales castiga
con tanta severidad? Con que ardor no nos hará
abrazar las saludables austeridades de la penitencia,
solas capaces de hacernos evitar esas penas terribles, ó
á lo menos de disminuir de ellas para nosotros el rigor y la
duracion.

11. Si tenemos en el corazon esa caridad que es el fundamento y el espiritu esencial del Christianismo, nos debe ser suficiente, Hermanos míos, para evitar toda especie de culpas, para ^{de} saber que desagradan á nuestro Dios, á nuestro Maestro, á nuestro Padre: y es necesario que sepamos hasta cual grado ellas lo ofenden, y en que grado ellas encienden contra nos su cólera, y que castigos ellas pueden atraher nos. Es ser virtuoso, ^{de} no ser asustado sino de los grandes delitos? Es amar á Dios, que permitirse contra el todo lo que no es un ultraje atroz, un pecado mortal? Mas, si nuestra virtud aunque debil, necesita ser sostenida por la consideracion de nuestros propios intereses, que motivo mas poderoso para que seamos vigilantes sobre nos otros mismos, que la vista del purgatorio? Un mundo seductor exige de vosotros unas complacencias para a cercia de sus modales y de sus costumbres; El quiere que toméis parte en su lujo y en sus vanos placeres: y vosotros condescendeis á sus palabras engañosas, porque decís que en vos mismos que si lo que exige es contrario á la alta perfeccion, á lo menos no es mas que una falta leve, que no es capaz de haceros a perder la gracia del Señor.

Ag! Hermanos míos, cuando conociereis
con certeza los límites por vez imperceptibles
q.^a hacen distinguir el pecado mortal del venial;
Cuando estubiereis ciertos q.^e esa falta pretendida
leve q.^e habéis de cometer con una voluntad tan
premeditada, no vos acarreará en culpas mas graves,
no bastaría saber q.^e ese pecado es á lo menos de
la naturaleza de los q.^e un Dios justo castiga en
las llamas del purgatorio; q.^e si llegasteis á morir
con esa mancha, vos apartaría tal vez por largo
tiempo de la suma felicidad, q.^e os precipitaría
en unos suplicios cuyo horror no se diferencia sino
al del infierno? Es pues así q.^e se conducen los
hombres acerca de los males de esta vida? Se toma
una helida envenenada con la certeza q.^e no os daría la
muerte, y q.^e sus funestos efectos no causarían mas
sino una enfermedad larga y dolorosa? Cometeríais
una culpa q.^e habría de ser castigada á los ojos de los
hombres sobre con la esperanza de ser desahogado de
ella por unos años de cárcel, ó por una ignominia
pasajera? Porque tanta prudencia cuando es menester
evitar unos males q.^e no han de durar mas q.^e un instante,
y tanta temeridad para arrostrar á unos tormentos
incomparablemente mas rigurosos?

Haganse pues aquí, Hermanos míos, esa reflexión
de san Agustín: Esos fuegos del purgatorio cuya idea

sola es tan capaz de ajustarnos, no son,
dice is: santo, destinados para castigar á los
grandes crimenes, y los desordenes vergonzosos,
Non promittitur pena ignis transitoria
tutpiter sceleratigue viventibus: No es
el libertinage ó la impiedad q: nos precipiten
en el. La negligencia en el servicio de Dios;
una afeccion legitima en su objeto, pero que
divide ^{demasiado} nuestro corazon y q: se acerca demasiado
del q: debemos á Dios solo; Demasiado ardor
para adquirir, aunque sean por medios legitimos,
los bienes de este mundo; una vida sensual,
sin ser desatreglada; un deseo muy vivo de
complacer á los hombres; unas miras demasiado
humanas en nuestras buenas obras; en una
palabra, una infinidad de acciones q: hacemos
todos los dias, un mayor numero tal vez que
omittimos, pueden merecernos esas penas.

Que motivo de para cuidar con atencion sobre
nosotros mismos, y de borrar por medio de la
oracion, de ^{las} lagrimas, de las limosnas, las manchas
q: cada dia alteran la pureza de nuestra alma!

Ahy! Sueda el fuego de la Caridad consumir
los enteramente! Sueda el no dejar en nosotros
alimento ninguno para ese fuego de la otra vida!

Ay! Ojala, Hermanos míos, que no
hubiésemos otra razón para temer los castigos
terribles del Purgatorio q.^a esas faltas de cada día
q.^a parecen haber venido a parar en set consecuencias
necesarias de la fragilidad humana. Mas, Ay!
cuántas otras maneras no somos nosotros deudores
a la justicia de Dios! Habrán muchos Christianos
-nos, conservado hasta hoy día, la inocencia de su
Bautismo, y q.^a no se hayan rendido culpables de
esos pecados q.^a matan al alma, y q.^a por eso merecen
las penas eternas? La misericordia de Dios nos
ha perdonado esos pecados mortales; ella los ha
borrado en la sangre de Jesu Christo; ella nos
ha remitido, por los meritos de ese divino Media-
dor, la pena eterna q.^a habíamos incurrido: Mas,
nos ha dispensado de toda satisfacción? No:
la misericordia de Dios no es contraria a su justicia,
y no la priva de sus derechos. David está asegu-
rado por la boca de un Profeta q.^a el Señor le ha
perdonado su doble crimen: y mientras eso, es
menester q.^a lo castigue por la pena la mas sensible a
su corazón. Sus ruegos, sus lágrimas no pueden
impedir al Señor de atancarle el fruto de sus culpables
amores. Hay pues una pena temporal q.^a sufre,

aun despues de la remission del pecado:
y es bajo este principio, q.^a Hermanos mios
q.^a la Iglesia habia en otro tiempo pasado
establecido esta disciplina severa q.^a obligaba
sujetaba á los pecadores á años enteros de
ayunos, de lagrimas, de humiliaciones
publicas. Esas penas rigorosas no
solamente eran pruebas destinadas para
asegurarse de la conversion de sus corazones;
sino q.^a se miraban como una satisfaccion
q.^a debian á la justicia de un Dios irritado.

¿Que ha venido á parar esa disciplina
saludable? Vnos christianos relajados
se alegran de verla aniquilada; se felicitan
de vivir en un tiempo en donde la penitencia
parece despojada de todos sus rigores. Que
error, Hermanos mios, Que ceguera!

Porque supongamos un instante q.^a esa asersion
de la mortificacion pueda aliarse con el verdadero
dolor de corazon; supongamos q.^a se pueda
abhorrecer al pecado sobremanera, y no desear
verlo castigado con una justa severidad; supongamos
q.^a se pueda amar á Dios, y no desear ver su
Majestad suprema vengada de los ultrages q.^a
le han sido hechos; los principios sobre los
cuales la Iglesia habia establecido la primera
disciplina, no son de todos los tiempos?

La idea de la justicia de Dios no es mas la misma
y el pecado ha venido a parar en serle menos odioso?
No: es preciso q^e sea castigado: si no lo es en
este mundo, lo ha de ser en el otro: Si por negligencia
no satisfacemos a la justicia de Dios, se ha de
vengar ella misma, y los fuegos terribles del
Purgatorio seran el instrumento de su venganza.

Consultemos aqui, Hermanos mios, nuestros
verdaderos intereses. Cada paso q^e hacemos, nos
acerca de ese tribunal formidable, en donde un Dios
q^e hemos, para decirlo asi, tendido nuestro admetta-
rio, tendra la qualidad de nuestro juez, en donde el
discutira sus derechos y los nuestros. Entendemosnos
con el; hay tiempo todavia, esto consentiens adversa-
rio tuo, dum es in via cum eo. Si, aqui es el
lugar de para tratar con el de un modo arden-
te provechoso. Si presentamos la sentencia q^e ha de
pronunciar contra nosotros, no ha de exigir una
proporcion exacta entre la satisfaccion y la ofensa:
se ha de contentarse de nuestras lagrimas, de nuestros
ayunos, de nuestras mortificaciones, por leves q^e sean
respecto de lo q^e hemos merecido. Mas cuando una
vez hemos comparecido delante de ese juez inflexible.
Cuando una vez nos ha entregado a los Ministros de
su justicia; cuando nos ha precipitado en esos calabozos

que no tienen otra luz que la de unas llamas
devoradoras: Ah! no es perennitas mas tem-
sion ni gracia, sera menester cumplir hasta
el ultimo obolo la deuda q. hemos contratado
con el, Amen dico tibi, non eris indi donec
reddas novissimum quadranteu.

Entonces, Hermanos mios, no podremos
mas nada para nosotros mismos: nuestro
unico recurso sera en las oraciones de la Iglesia
q. gemira para nosotros, que ofrecera para
nosotros al justo juez la sangre de su hijo.
Mas, no debemos temer que el señor no persista
a hacernos a sufrir penas q. habremos para
decirle asi, deseado voluntariamente, y que habre-
mos preferido a las obras de penitencia por medio
de las cuales podiamos en esta vida aplacar
su justicia? Y aunque se desasse aplacar por
las lagrimas de la Iglesia nuestra Madre;
aunque abriesse en su favor el tiempo de nuestro
suplicio, un solo dia, un solo instante en esas
llamas vengadoras, no es mas terrible milles veces
que todas las austeridades de la penitencia la
mas larga y la mas rigurosa.

Acordemosnos pues, Hermanos mios, la oracion
de San Agustin, y dirigemosla a Dios con todo nuestro
corazon: O Dios mio, no me reprehendas en nuestra cobardia,

Domine ne in irâ tuâ corripias me: Ô mi Dios,
dame la fuerza de castigarme á mi mismo en
esta vida, de mis pecados, ó hágamelos á capias
por las aflicciones q^e me mandateis en vuestra
misericordia. Haga q^e no necesite de purificar
los por ese fuego terrible de la otra vida,
in hac vita potes me et talem me reddas cui
jam emendatoris igne non opus sit.

Tales son las consecuencias q^e debemos sacar
para nosotros mismos de la doctrina del Purgatorio.
Que sentimientos debe inspirarnos acerca de
nuestros hermanos q^e estan ahora detenidos en
el? Es el objeto de la segunda parte.

Segunda parte.

V^o dicar un punto importante de la doctrina de
la Iglesia, q^e la ignorancia y el error se atreven
á acusar de supersticion y innovacion; combatir
la indiferencia q^e nos hace olvidar lo q^e padecen
unas almas q^e nos deben ser amadas, ó rectificar la
sensibilidad muy humana q^e nos hace substituir unas
labores inútiles á las oraciones y á las buenas obras
por medio de las cuales nos podríamos acelerar su felicidad.

Es, Hermanos míos, este doble objeto q^e propongo en esta segunda parte de mi discurso.

En una palabra podemos aliviar las almas q^e padecen en el Purgatorio, y motivos poderosos nos inducen á hacerlos.

1. No, no es una vana superstición q^e de rogar (ó rezar) para los Difuntos, y de suplicar al señor q^e les remita la pena terrible q^e sufren en el Purgatorio: al contrario es un deber de piedad, de religión, de humanidad. Así lo creía el más celebre de los héroes del pueblo de Dios; Ese hombre tan conocido tanto por su piedad como por sus hazañas inmortales, quien, de una mano repetaba los altares del señor, y de la otra derrribaba á sus enemigos; ese hombre q^e ha tenido la gloria de afranguar su patria del yugo de las naciones, y de restituir á la Religión de sus Padres su esplendor y su lustre; el sabio, el invencible Judas Machabeo. Después de una victoria tan sangrienta q^e gloriosa, su primer cuidado es de aplacar el señor con los de sus hermanos q^e fueron sepultados en su triunfo: el tema q^e una falta cometida contra la ley, no obscurece á los ojos del justo, fuez la gloria de que se han cubierto muriendo para la Religión y la Patria.

manda ofrecer para ellos sacrificios expiatorios;
y la Escritura lo alaba de esa accion de piedad, ella
la propone por modelo á los siglos venideros, ella lo
pone en practica para enseñarnos q^e los q^e han
muerto en la piedad, tienen unos recursos seguros
en la misericordia de Dios aun en el tiempo q^e
llevan todo el peso de su justicia, y por fin es
una idea santa y saludable la de implorar para ellos
esa misericordia, y la de pedir la remision toda entera
de sus pecados, *Sancta et salubris est cogitatio.*
pro defunctis exorare ut a peccatis solvantur.

No ignoro, Hermanos míos, los esfuerzos
q^e ha hecho la heresia de los últimos siglos, para
sacar (o arrancar) á la Iglesia Catholica ese monu-
mento precioso, esa prueba invencible de su fé: mas
en esos esfuerzos mismo, no hizo mas q^e descubrir su
audaz impotencia. Que doctrina, en efecto, que
la q^e no puede ser sostenida sino rechazando las
autoridades las mas sagradas! Que caracter mas
patente de error y de temeridad, q^e borrar á su gusto
del numero de los libros santos esos en los cuales
se encuentra la condenacion de sus opiniones!
Que tiro mas evidente de semejanza con los hereges de
todos los tiempos!

Ay! Hermanos míos, antes q^e un in-
funesto arrancase del seno de la Iglesia católica
un tan grande número de sus hijos; antes que
se suscitase la mas minima disputa sobre el
rezo para los difuntos; esa Iglesia segura
y unica depositaria del thesoro precioso de
las sagradas escrituras; esa Iglesia sin
cuyo dictamen es imposible decidir con certeza
lo q^e es canonico y lo q^e no lo es; esa Iglesia
q^e los pretendidos Reformadores debian ellos mismos
respetar como a su Madre y que estaba a la
exclusion de toda otra sociedad, la santa esposa
de Jesu Christo; esa Iglesia estaba en posesion
de respetar como inspirados de Dios a esos libros
q^e nos suministran esa prueba triunfante de
nuestra fe.

Con cual derecho una audaz crítica ^(os de otros) esa
pretende, despues de tantos siglos hacerle á perder
su autoridad? y á que sirven esos esfuerzos temer-
arios? Que esos libros sean canonicos, ó no lo sean,
quien se atreviera negar q^e no merecen nuestra
creencia; q^e no nos hayan referido fielmente la
historia de los generosos Macabeos, y no resulta
siempre q^e esos hombres celebres creian como
nosotros q^e los difuntos pueden ser aliviados por las

precios de los vivos, y que tal era la fe de todos los
de entre los Judíos q^e no estaban infectados del error
impro de los Saduceos?

Tal fúe tambien, Hermanos míos, la fe
de todos los Christianos; y cuando no hubiésemos
aquí la autoridad de la Escritura, dice san Agustín,
la tradicion constante y universal de la Iglesia
desde los Apostoles hasta á nosotros, bastaria
para probar la utilidad, la necesidad de la oracion
para los difuntos, — *etsi nunquam oblatum pro*
mortuis sacrificium in scripturis legeretur, non
parva est universa Ecclesia, quae in hac consuetu
dine claret, auctoritas.

Effectivamente, que me sea permitido de
preguntar á nuestros hermanos que se dicen
reformados, á quienes ellos pretenden asemejarse,
y quienes son en la antigüedad Ecclesiastica los
de quienes ellos consienten abrazar la fe por regla
y por modelo? Que la Iglesia haya alterado en
la serie de los siglos la pureza y la sencillez de sus
dogmas; q^e á través las tinieblas de la ignorancia,
se sean introducido opiniones y practicas descono-
cidas á nuestros Padres, eso, no cesan ellos, de producirlo,
y eso es en que nosotros somos muy distantes de consentir.

Mas á lo menos ellos ^{mismos} no pueden hacer
menos q.^e confesar q.^e los primeros siglos fueran
vacuos de esa corrupcion; que la doctrina de
Jesu Christo fúe primero anunciada sin
alteracion y sin mezcla; y q.^e por fin el motivo
de la reforma no ha podido tener otro fin sino de
restablecer la fé de los primeros tiempos.

Esos Esos hombres célebres cuyos nombres
no se pronuncian desde tantos siglos, sino con
respeto, los Agustin, los Chrysostomo,
los Cypriano no eran sin duda los Ministros
del Antecristo; su piedad igualaba sus luces;
una sacrilega avaricia no era capaz de hacerle
inventar dogmas por el interés; ignoraban el
infame secreto de inspirar á los pueblos vanos
terrores, y enriquecerse por el artificio y la mentira.

Si pues esos Santos Doctores han reconocido
ellos mismos ese estado mediano entre el Cielo y
el infierno, en el cual las almas de los fieles
pueden ser auxiliadas por nuestras oraciones y
nuestras buenas obras; si han exhortado los fieles
de sus tiempos á cumplir ese deber de charidad;
si nos ~~se~~ representan como una practica uni-
versal y immemorial la oblacion del sacrificio

para los muertos, si hablan de esa practica
como de una tradicion de los Apóstoles, no es
evidente q^a pertenece á la mas pura doctrina de
Jesu Christo? O si pues, cual es el tiempo en donde
la oracion para los difuntos no haya sido reconocida,
da? encomendada, practicada por los santos Doctores
de la Iglesia? Con que claridad, con que energia
San Agustin no la enseñaba? Leis, Hermanos
nuestros, ese libro admirable, en el cual se pinta
á si mismo con tanta fuerza y ingenuidad, y en el
cual, esforzandose á parecer despreciable á nuestros
ojos, capta nuestra estimacion y nuestra admira-
cion, sus confesiones en una palabra; Leis la
narracion patética q^a hace en el de la muerte de
la piadosa Monica: Allí podreis ver la Iglesia
practicar entonces todo lo q^e observamos en el dia;
una pompa religiosa acompañada del canto de los
psalmos; el cuerpo depositado al pie de los altares
del Señor; el sacrificio no sangriento ofrecido por
el descanso de su alma: Vedreis en el á ese hijo tan
tierno q^a esclarecido, encomendar á su piadosa madre
en las oraciones de los fieles; congarlos de pedir
á Dios al Señor q^e la purifique de las manchas
laves q^e han podido mezclarse con sus virtudes.

para los muertos, si hablan de esa practica
como de una tradicion de los Apostoles, no es
evidente q^a pertenece á la mas pura doctrina de
Jesu Christo? O si pues, cual es el tiempo en donde
la oracion para los difuntos no haya sido reconocida,
da, encomendada, practicada por los santos Doctores
de la Iglesia? Con que claridad, con que energia
San Agustin no la enseñaba? Léis, Hermanos
nuestros, ese libro admirable, en el cual se pinta
á si mismo con tanta fuerza y ingenuidad, y en el
cual, esforzandose á parecer despreciable á nuestros
ojos, capta nuestra estimacion y nuestra admira-
cion, sus confesiones en una palabra; Léis la
narracion patética q^a hace en el de la muerte de
la piadosa Monica: Olli potestis ut la Iglesia
practicar entonces todo lo q^a observamos en el dia:
una pompa religiosa acompañada del canto de los
psalmos; el cuerpo depositado al pié de los altares
del Señor; el sacrificio no sangriento ofrecido por
el descanso de su alma: Pedreis en el á un hijo tan
tierno q^a esclarecido, encomendar á su piadosa madre
en las oraciones de los fieles; congararlos de pedir
á Dios al Señor q^a la purifique de las manchas
lacas q^a han podido mezclarse con sus virtudes.

Tales eran los sentimientos de Agustín
na recién convertido á la fe catholica, y todo
enterado de las verdades que Ambrosio le
habia enseñado. Venido despues á parar en
ser el mismo el mas celebre de los Doctores
de la Iglesia, ensena con autoridad lo q^e el
habia practicado con tanta fe. Lo ensena,
no como su sentimiento particular, mas como
el de la Iglesia universal; no como una
opinión probable, mas como un dogma cierto;
no como una practica nueva, o q^e seria util de
instituir, sino como un uso observado en todos
los tiempos. No hay que dudar, nos dice, q^e
los difuntos no sean aliviados por las oracio-
nes de la Iglesia, por el sacrificio de nuestra
salvacion, por las élimosinas q^e ofrecemos
para ellos al señor, orationibus sanctæ
Ecclesie, et sacrificio salutari, et elemosynis
quæ pro eorum spiritibus aguntur, non est
dubitandum mortuos adjuvari. Es la tradicion
de nuestros padres, es el uso de la Iglesia
universal de acordar la memoria de los difuntos
en medio de los santos mysterios, y de ofrecerlos
para ellos, hoc à patribus traditum universa observat
Ecclesia.

Tal es en efecto la doctrina que San Agustín
habia recibido de sus Padres en la fe: el la habia
recibido en particular de ese obispo tan ilustre
entre los martyres que entre los doctores de la Iglesia,
del celebre Cypriano, quien en una ocasion celebre,
vindicó la disciplina de la Iglesia, privando á los
prevaricadores de las oraciones qe solia ofrecer á
Dios por sus hijos. San Cypriano el mismo
la habia encontrado en los escritos de ese hombre
famoso qe miraba como á su maestro, en los
escritos de Eustuliano, quien coloca la oracion
para los difuntos en el numero de los usos que
la Iglesia a recibido de los Apostoles por una
tradicion incontestable.

Transportámonos en otras partes de la Iglesia,
alli encontraremos nuestra fe tan firmemente
establecida. Videmos á Chrysostomo encomendar
á los fieles de probar su piedad á cerca de los muertos,
no con lágrimas inútiles, ó por anos sepulchros
magníficos, ó obsequios pomposos; mas bien por
oraciones fervorosas, por abundantes limosnas, por
la oblation del sacrificio de nuestros altares, —
mortuis oportet succurere non lacrymis, sed
precibus, supplicationibus, elemosynis et oblatio-
nibus.

Lo veremos insistir con esa energia y
esa elocuencia q^e lo caracterisan, sobre la
utilidad de esas oraciones y de esas buenas obras.
No, dice el, no es en vano q^e en medio de
los santos mysterios el Ministro del Señor
levanta su voz para rogar en favor de los que
han muerto en la fe de Jesu Christo, non
non abs re Minister clamat pro his qui
defuncti sunt in Christo. No, esas piadosas
prácticas no fueron inutilmente instituidas;
no son una vana representacion, un espectáculo
unicamente destinado para dar consuelo á
los pacientes ó amigos afligidos, non ludi sennò
ellas fueron establecidas en la Iglesia por
inspiracion del Espíritu de Dios,
hac enim fiunt ordinatione spiritus.

Que consuelo para nosotros. Hermanos míos,
de encontrad en esa venerable antigüedad, tales
monumentos de nuestra fe, y de verla bajar
por canales tan puros de origen apostólico!
Quedan nuestros hermanos q^e están en el error,
abrir por fin los ojos á esa brillante luz!
Puedan en fin comprender q^e separandose de la Iglesia
Romana, han abandonado todo de una vez, y la comunión

y la doctrina de esos hombres célebres á quien ^{tan su} ~~hacen~~ con nosotros como sus Padres! y vosotros.

Hermanos míos, instruíos por este ejemplo á desconfiaros de esa falsa sabiduría q^a en este siglo perverso sirve como de velo á la impiedad y á la ⁱⁿirreligion. Si hay un artículo de la fe de la Iglesia ^{ad} ~~contra~~ el cual el libertinage cree poder impunemente señalarse, es la oración para los difuntos. Cuantas veces no lo habeis visto atacado por indecentes burles?

Cuantas veces no habeis oído decir q^a esa oración es mas útil á los intereses temporales de los Ministros q^a de ella estan encargados, q^a á la felicidad de los difuntos q^a de ella son los objetos? Cuantas veces no se han esforzado de persuadidos q^a no habia sido introducida sino en ^{unos} siglos de ignorancia, y por unas miras de avaricia y de codicia? Decís ahora,

Hermanos míos, y pasáis entre la Iglesia y sus temerarios calumniadores: Segrega, segun lo exige la equidad, los abusos, las fabulas, el sordido interés q^a ella condena, de con la doctrina q^a ella aprueba; y miréis si ensena algo sobre esa materia q^a no haya sido creído y enseñado en los dias los mas hermosos del Christianismo.

11. Es pues una verdad constante, q^e los muertos
pueden ser auxiliados por nuestras oraciones y
nuestras buenas obras; y q^e motivos no tenemos,
Hermanos míos de procurarles estos auxilios?
Las uniones de la naturaleza, la de la fe, la
caridad, la justicia, nuestro propio interés,
todo se junta para inducirnos á eso; todo
condena la cruel indiferencia q^e nos haria
insensibles á sus padecimientos.

y primero, Hermanos míos, Que son acorralados
del nosotros esos difuntos por quienes la
Iglesia solicita hoy nuestra compasion?

No tenemos con ellos las amistades las mas
estrechas y las mas sagradas! Ay Ay!
esa obscura region de los muertos está poblada
de nuestros pacientes, de nuestros bienhechores,
de nuestros amigos: en ella habéis visto bajar
lo q^e teniais de mas caro en este mundo; y los
de quienes teneis el dia, y una parte de los á
quienes lo habéis dado. Hijos respetuosos
y agradecidos, es ese Padre á quien debéis la
educacion tal vez mas preciosa q^e el dia; es esa
Madre de quien habéis hecho las delicias, q^e es
minister sacar hoy del medio de las llamas q^e los abraza

Padres y Madres dignos de llevar nombres tan
dulces, y que los habeis oido pronunciar con tanto
gusto por unos hijos á quienes amabais, son esos
hijos en otro tiempo los objetos de vuestra compla-
cencia, en quienes esperabais veros, que hacian
el ornamento de vuestra casa y el consuelo de
vuestrs dias, á quienes conviene hoy dar la
ultima prueba de vuestro amor paternal.

Esposo tierno y fiel, esa esposa querida que la
cruel muerte ha arrancado de entre vuestros
brazos y que tal vez no ha podido arrancar de vuestro
corazon, es hoy del numero de esas almas que
implozan vuestro auxilio. Corazon sensible y
generoso, es ese amigo que era otra parte de
vos mismos; es ese hermano con quien estabais
unido con unos enlaces tan apacibles; es esa tierna
hermana quien de abajo de su sepulchro y del
medio del dolor, reclama hoy los derechos de la sangre
y de la amistad, es esa alma q: os es tan cara,
que hace oír su voz lamentable, y que os dice:
O vos q: me habeis jurado una amistad eterna,
tenganse compasion de mi en las grandes penas que
padesco: yo fue en otro tiempo pasado el objeto de
vuestra estimacion, de vuestro cariño, de vuestro agrade-
cimiento; hoy, soy el triste objeto de vuestra compasion,
misericordia mia.

El universo entero me abandona. Soy solo,
sin apoyo, en presencia de ese Dios terrible
q: caerce sobre mi su justicia. O vos, amigos míos,
o vos á quienes yo he dado nombres tal vez mas
tiernos, me abandonarais tambien á todo el rigor
de mi suerte; No os esforzáis á desarmar esa
mano terrible q: se pone muy pesada sobre mi,
Misericordiamini mei saltem vos amici mei, quia
manus Domini tetigit me.

Quien de vos otros, Hermanos míos,
podria ser insensible á esos gemidos, á esas
gritos dolorosos? habiis fogado de vuestras lagri-
mas las cenizas de esos muertos; Vos habiis apartado
de lo demas de los hombres; habiis huido consoladores
onerosos para dar en secreto á vuestro dolor una
corriente mas libre; ^{Quizá} tal vez en este momento os
sentisteis reabrir la herida q: su separacion habia
hecho en vuestro corazon; Acaso el recuerdo de
su amor y de sus beneficios está listo á hacer
de nuevo derramar esas lagrimas de las cuales
el tiempo parecia haber secado la fuente.

La Religion, Hermanos míos, no reprocha
vuestro dolor, vuestra sensibilidad; no condena
unas ^{lagrimas} llantos q: Jesu Christo el mismo Signó derramar
sobre el sepulchro de su amigo. Llorá vuestros
parientes, vuestros amigos, vuestros bienhechores;

mas lloralos de otro modo q^e los q^e no tienen espe-
ranza para una otra vida, non contristemini sicut et
ceteri qui spem non habent: q^e vuestro dolor este
templado por las miras consolatorias de la Religion
por la fe de la Resurreccion, por la esperanza de
ver un dia á esas personas tan caras en el seno de
la gloria; Lloralos, mas no os olvidéis q^e les
debeis otro cosa mas q^e lagrimas. Ofrecéis por esos
muertos de quienes quereis abreviar la felicidad,
el sacrificio de un corazon arrepentido; Ofrecéis
con toda la Iglesia la victima santa cuya sangre
corre hoy para ellos en todas las partes del mundo
christiano; intereséis en su causa, y los santos del
cielo y los de la tierra; Comprastes por limosnas
abundantes, la poderosa proteccion de los pobres.
Si vuestra affection para vuestros amigos
esta arreglada por las miras de la Religion, si es
tan espiritual q^e esas almas q^e de ella son los objetos,
en eso son, dice San Agustin, las obras q^e os hade
inspirar: en eso son los servicios esenciales que
debeis rendirlos, y las verdaderas pruebas de amor
que debeis darles: Oblationes, orationes, erogationes
pro eis instantius impendant, qui suos carne non
spiritu mortuos, non solum carnaliter, sed etiam
spiritualiter amant.

Pero digo mas, Hermanos míos; No solo
es á título de amistad, de cariño, de agradeci-
miento, qe debemos á nuestros hermanos y á
nuestros amigos el auxilio de nuestras oraciones,
es á título de justicia. Ay Ay! las culpas
que capian, Don para decirlo así tanto las nues-
tras que las suyas; Nos otros en cierto modo,
somos los qe los hemos precipitado en esos fuegos
vengadores. ^{Cuanto} Tanto mas nos han querido y han
tenido con nosotros uniones y relaciones, Tanto
mas hemos contribuido á su desgracia. Si, si
este padre tan christiano, Si esa piadosa
madre, ve tardar hoy su felicidad; si en
lugar de las delicias del Cielo qe le estan ase-
guradas, experimente los rigores de la justicia
de Dios; es á caso porque nos ha querido
demasiado; es porque ha deseado con demasiado
ardor nuestro adelantamiento en el mundo; es
porque el deseo de establecernos en el, disminuyó
por algun tiempo su caridad acerca de los pobres;
es porque una complacencia demasiado ciega le
hizo disimular nuestros defectos; es á caso
porque ha soportado con muy poca paciencia
nuestra mala conducta y nuestra ingratitud.
Ay Ay! no contento de haber perturbado la
tranquilidad de sus días, le hemos causado después

de esta vida misma tormentos rigurosos! Si esa persona
q^e nos estaba unida por los vinculos de la amistad la
mas tierna o por lazos mas apretados todavia, esta hoy
consumida de esas llamas terribles, es porque la amis-
tad misma q^e tenia para nosotros, ha parecido algunas
veces balancear la fidelidad que debia al señor; es q^e na-
acarreada por nuestro ejemplo, seducida por el deseo
de complacernos, ha imitado algunas veces el lujo
y el language de un mundo q^e aborrescia en su corazon,
y tomado parte á unos placeres de los cuales conocia
el vacio y el peligro; es q^e siguiendo nos mismos con
muy facilmente los ejemplos perversos q^e ha padecido
darnos, perpetuamos para decirlo asi sus fragilidades,
y la hacemos tal vez despues de su muerte complice de
nuestras iniquidades. En fin, Hermanos mios,
de cuantas culpas la indiscrecion de nuestras conser-
vaciones y la ligereza de nuestra conducta no fue
ocasion, y cuantos de nuestros parientes no padecan
sino por causa nuestra! Hoy! sanamos heridas
que hemos hecho, apagamos fuegos q^e hemos nos otros
mismos encendido; si se debe á la justicia de Dios una
reparacion por ^{unos} pecados en los cuales hemos tenido
tanta parte, que la encuentre en nuestra penitencia;
y conjuremos la de acusar á unas almas quienes
sin nosotros, hubiesen sido á sus ojos mas puros y mas inocen-
tes.

240
Mas para no hablar aqui sino de esos
difuntos q: nos han sido unidos por los enlaces
de la sangre y de la naturaleza? No es para
ellos no mas q: debemos interesar nos?
Ay! lejos de nosotros ese tal error. Nuestra
caridad debe ser tan universal que la de la
Iglesia. Ella reza en ese dia para todos sus
hijos q: se han ^{endormecido} dormido en el señor, por
toda esa parte de si misma q: satisface en el
purgatorio a la justicia de Dios. Serán
necesarios para consolarnos de sus penas
otros motivos q: los de la fe? y las uniones
que ha formado la gracia de la regeneracion
seran menos sagradas que las de la naturaleza.
Qualquiera distancia que los tiempos y los
lugares hayan puesto entre ellos y nosotros,
no componen mas q: una sola familia con nosotros.
Todos son nuestros hermanos en el orden de la
gracia; se han sentado como nosotros a la
misa de Jesu Christo, en ella han recibido
una comida adorable q: es el vinculo y el simbolo
de la union la mas estrecha; en ella han bebido
la sangre preciosa de la alianza eterna; en fin,
para hablar el lenguaje de la Escritura, ellos son

como nosotros los miembros del cuerpo de Jesu Christo; tienen con nosotros las mismas relaciones que entre las varias partes de nuestro cuerpo.

Vuelvo á repetir, Hermanos míos, podemos imaginar enlaces mas estrechos? Podemos tener motivos mas poderosos de auxiliarlos en el caso de las penas que padecen? Hemos tenido obligación de amarlos durante su vida, aunque nos fuesen extranjeros en el orden de la naturaleza: hemos debido tener para ellos corazones caritativos y misericordiosos: hemos tenido que sentir sus penas y aliviar sus necesidades como las de nuestra persona.

La muerte nos ha descargado de todas esas obligaciones? No son nuestro proximo; y volviéndose mas desgraciados, han empezado con ser nos mas indiferentes? Dejemos esos sentimientos inhumanos á esa falsa philosophia que mira á la muerte como á un aniquilamiento: seria absurdo proseguir á amar lo q.^{ue} no existiria mas, ó lo que no seria sino un polvo despreciable, ó un cadaver fétido. Mas si la muerte no es mas sino un sueño; si la mas preciosa parte de nosotros mismos sobrevive á la destruccion de nuestro cuerpo, nuestras amistades con los difuntos sobreviven tambien á ese cuerpo corruptible y la corta ausencia

que nos separa de entre ellos no anonada nuestra caridad. Nuestro propio interés se reune, Hermanos míos, á motivos tan poderosos.

Que obra mas meritosa, mas capaz de atraer sobre nosotros las misericordias del señor, que de auxiliar unas almas que le son tan caras?

Ay! un buen Padre no castiga sino con sentimiento: lo que su corazón paternal desea con mas ardor, es que se le pidan gracia para hijos tan queridos; es que satisfaciendo para ellos á su justicia, se rompa la barrera que los separa de él, y que lo impide de derramar sobre ellos, torrentes de delicias q.^a les ha preparado.

Interceder en su favor, es servirle de amor, es desamarrarlo, es arrancar de sus manos la palminacion q.^a se ve en precision de lanzar sobre ellos, es favorecerlo.

Y si por nuestras oraciones, nuestras buenas obras, nuestras limosnas, abreviamos la libertad de esas almas desgraciadas; si se contribuimos en hacerles entrar en posesion de la herencia eterna que les está asegurada, podemos dudar q.^a ellas no agregan á los sentimientos de la caridad, los del mas vivo agradecimiento? Podemos dudar que del alto de los cielos en donde los habremos en alguna suerte colocado, ellas no cuidan á nuestra

conservacion y á nuestra salvacion? Podemos
dudar q: admitidas en el seno de Dios mismo,
gobernando con el, gozando de sus mas tiernos
favores, ellas no le pidan con las mas vivas
instancias de conducirnos nos mismos á la felici-
dad q: le tenemos procurado? Quien de nosotros

Hermanos míos, no se creea dichoso de
poder auxiliar en sus disgracias al heredero de
un gran Reyno, de libertarlo de sus enemigos
de restablecerlo sobre el throno de sus padres?
Podemos encubrirnos de esa gloria y procurarnos
esa ventaja. Son los hijos de Dios, son los
herederos seguros de su Reyno q: imploran
hoy nuestra compasion: podemos romper sus
cadenas ahorrarles unos años de padecimientos
y de suplicios. Seremos bastante enemigos de
nos mismos, para negligir en procurarnos
semejantes protectores?

Enfin, Hermanos míos, apliquemos aque-
la regla general de la caridad: hagamos por
nuestros hermanos, lo que deseamos que se haga
por nosotros mismos. Muy pronto seremos del
número de esos difuntos por quienes la Iglesia
solicita hoy nuestra compasion; necesitaremos
los mismos auxilios y las mismas oraciones;

y la caridad q^e habremos exercitado para con
nuestros hermanos, será la medida de la q^e sera
exercitada para con nosotros. ¡Ay! tememos de
ser abandonados nosotros mismos á la justicia de
un Dios vengador; tengamos aprehension á dar
á los q^e dexaremos sobre la tierra, como á los
pervicaces de indiferencia y de insensibilidad.

Ó Dios de Israel, Dios todo poderoso y
misericordioso, unas almas q^e os aman y q^e os
queren padecen los tormentos los mas terribles:
del fondo del abismo en donde vuestra justicia
los retiene, imploran vuestra bondad y vuestra
misericordia, Domine omnipotens, Deus Israel,
anima in angustiis clamat ad te. Deceos compa-
decet propter las lagrimas, por los gritos dolorosos de
esa porcion tan preciosa de vuestro pueblo, Audi
nunc orationem mortuorum Israel. Escuchadlos,
ó Dios mio, y hazlos experimentar los efectos
de vuestra infinita misericordia, Audi & miserere.

Olvida las iniquidades de nuestros padres:
no os acordais o sino de los prodigios q^e habéis obrado
en su favor, de lo q^e tanto ha costado á vuestro hijo
para redimirlos, del nombre de padre q^e habéis
tomado á cerca de ellos, nol' meminisse iniquitatum
Patrum nostrorum, sed memento manus tuae et
nominis tui. Dignaos ó Dios mio, poner fin á los
tormentos q^e padecen: digna concederles el descanso